

La literatura de viajes española sobre China y su influencia en la concepción china en España

RAFAEL MARTÍN RODRÍGUEZ

Universidad de Fudan

Resumen: El presente texto es un repaso por la literatura de viajes española que se realizó a través de los siglos en China y la influencia de esta en las relaciones internacionales entre los dos países, más enfocado desde el punto de vista español. Durante el artículo no solo se repasan algunos de los escritores y textos más relevantes, sino que también se analiza la importancia que pudieran tener dichas obras en sus coetáneos. Así, se descubren hechos asombrosos, como la repercusión que un libro de la alta edad media española pudo tener en la diplomacia española, no solo hacia China, sino incluso en relación al posterior descubrimiento de América, o se analizan los diferentes puntos de vista de estos escritores, tan importantes para entender el juego de percepciones que son base de cualquier juego diplomático entre dos países.

Palabras clave: China; literatura; España; viaje; aventura; cultura, relaciones internacionales.

1. La literatura de viajes como elemento identificador

La literatura de viajes siempre ha sido una herramienta para acercarnos a países desconocidos, a culturas distantes y a formas de ser distintas de las nuestras. En la actualidad, con la revolución imperante de los medios de comunicación, esta forma se ha visto sustituida por procesos más rápidos y visuales y que dejan menos espacio a la imaginación, aunque sean igual de susceptibles de caer en el fácil engaño.

Hace tiempo, y durante casi toda nuestra historia, esta era la única forma que tenía el ciudadano de a pie de imaginar otros países, y esta percepción, la mayor parte de las veces exagerada, ha proyectado una imagen del otro que ha cubierto las necesidades del conocimiento para tomar las consecuentes aptitudes políticas.

El invento no es nuevo, y podemos decir que no pertenece ni siquiera a nuestros milenios, pues no en vano, si quisiéramos realizar una historia completa europea sobre este fenómeno, deberíamos irnos hasta los libros del romano Plinio el Viejo, o incluso a los del considerado como el primer historiador de Europa, el griego Herodoto.

Sin ánimo de viajar hasta tan lejos, es cierto que en los siglos anteriores a los nuestros, solo una minoría letrada podía disfrutar de un recorrido real o imaginario impreso en un libro, pero no es menos cierto que de esta minoría era de donde se extraía el cuerpo de funcionarios y políticos que llevaban a cabo las relaciones exteriores de su país o reino, por lo que la relación entre esta literatura y las acciones políticas eran, en épocas anteriores a las nuestras, mucho más fuertes que en la actualidad.

En el terreno literario, es necesario diferenciar entre las diferentes épocas y estilos, dependiendo del objetivo a conseguir con el viaje realizado y el libro. Así, a los finales de la Edad Media y al Siglo de Oro los marcará una finalidad política o religiosa del viaje, que sin embargo servirá como excusa para dibujar

las líneas de una cultura tan distante como la China y dará una imagen de esta a los lectores españoles. La ilustración traerá consigo el refinamiento oriental pero sin grandes avances en la literatura. El siglo XIX, imbuido en su romanticismo, desarrolla una imagen exótica que todavía hoy sigue vigente en muchas mentes, más falaz que real, e incluso escrita en muchas ocasiones sin moverse desde el cómodo sillón de una escribanía en España, lo que la excluye del término “libros de viajes”; y por fin el siglo XX conocerá, de la mano del realismo, un impulso nuevo tendente a mirar al otro cara a cara, intentando dar una imagen lo más precisa posible de la cultura. En la actualidad, son los residentes españoles en China, quienes, en una literatura más basada en experiencias personales y en reflexiones del residente, enseñan a quienes quieren acercarse a este país las características del país. Pero esta literatura contemporánea, dado el empuje de la prensa y de la televisión y de la facilidad de realizar vuelos internacionales, ha perdido ya su peso de influencia política. Una influencia que se gestaba desde el libro escrito por un viajero y que reposaba, casualmente, en la estantería de quien debía mantener negociaciones con aquel lejano país. Lo quisiera o no lo quisiera el lector, la influencia que este libro podía generar en sus decisiones estaba servida.

2. España y China en la lejana cercanía

Un episodio poco conocido de la historia de las relaciones internacionales de España lo marca precisamente su temprano acercamiento a China. Este es un hecho silenciado dada la escasa presencia que mantuvo España en la zona en los siglos XVIII y XIX, pero que hoy es necesario volver a sacar a la luz. Veremos más adelante este primer acercamiento político ya durante la Edad Media de la mano del embajador Clavijo, pero donde sin duda España tuvo más contactos con el gigante asiático fue tras la conquista española del archipiélago de las Filipinas.

De hecho, fueron España y China quienes realizaron el primer comercio global poniendo en marcha el galeón de Manila, que desde Sevilla hasta Filipinas y pasando por México llegaba a China cada año para recoger sedas y otras mercancías y dejaba en Asia el oro para su compra. Estos fueron años marcados por un conocimiento proveniente de las misiones cristianas, y que también veremos más adelante, pues dejaron una cierta relación de datos escritos sobre la vida china de amplia envergadura.

Pero la historia china y española corren paralelas desde aquellos años hasta el presente en muchos aspectos, y así, el declive de unos y de otros hizo que este conocimiento mutuo desapareciera a lo largo de los siglos XVIII y XIX. El Romanticismo, con su carga de exotismo, encontró en China una fuente de inspiración, como también la encontró en España, siendo en este caso ambos países considerados exóticos en mitad de su ruina política, militar y económica, pero que evocaban con fuerza milenaria otros tiempos de grandeza. En este caso, China y España fueron más receptores del Romanticismo que emisores del mismo, pagando de nuevo con la moneda de la falta del desconocimiento y el olvido de la anterior relación, hasta el punto de olvidar la presencia de Españoles en los puertos y ciudades del interior de China durante la pasada edad moderna, o el hecho de que por las calles de la villa del Madrid de Cervantes no fuera tan extraño el encontrar a ciudadanos chinos, cuando en otras partes de Europa apenas se sabía de su presencia.

El siglo XX corre para los dos países paralelo a sus guerras civiles y a las cuestiones políticas a las que se vieron abocados, y tras la apertura, que, como en un mimetismo cronológico, desarrollan los dos países en la década de los setenta, se vuelve de nuevo a entablar las bases del entendimiento.

Veamos a continuación los hitos más importantes de este contacto basado en la literatura de viajes, desde España hasta China, y veamos también su relación con el juego de percepciones que gobierna las relaciones entre dos pueblos.

3. La embajada de Tamerlán

Durante la Edad Media habían existido algunos contactos, sobre todo de España hacia China. Nunca a la inversa. Dichos contactos estaban protagonizados por científicos de Al-Ándalus. Algunos de ellos llegaron a la cúspide de la intelectualidad china, sin embargo, apenas dejaron escritos conocidos sobre sus viajes.

El primer caso de literatura de viajes, si bien enfocado dentro de la misión diplomática, fue el libro que escribió Rui González de Clavijo (¿...?-1417) (Clavijo, 1999) tras regresar a España y haber completado con éxito la misión diplomática encomendada por el Rey de Castilla Enrique III (1379- 1406).

Por aquel entonces, el nómada Tamerlán, de origen mitad turco mitad mongol, había conseguido crear un imperio que iba desde la frontera con China hasta los límites del imperio turco y que descendía hacia el sur de Asia y por el norte iba hacia Rusia. Además, había conseguido humillar al imperio turco derrotándolo y haciendo prisionero a su sultán. El Rey castellano abrigaba la idea de crear una alianza con Tamerlán que pudiera presionar desde dos lados al imperio turco, que ya por aquel entonces empezaba a ser una seria amenaza en el Mediterráneo. Por este motivo mandó a Rui González de Clavijo a una misión diplomática a la ciudad de Samarcanda aprovechando una reunión de varias semanas organizada por Tamerlán y a la cual acudieron representantes de diversos reinos, entre ellos de China.

El libro que escribió a su vuelta Clavijo es un libro riguroso y exacto en cuanto a las observaciones, considerando que debía ser leído por hombres de estado, pero su valor literario se agranda conforme se avanza en él, pues la prosa se hace más abierta y amena, llegando incluso a buscar la implicación del lector en la misma.

El embajador describe el viaje y la persona del emperador con anécdotas y con muestras de folclore popular allá por donde pasa, pero lo que une al libro con China será su encuentro con los embajadores chinos mandados por la corte imperial.

Los embajadores chinos llevaban la orden expresa de anunciar a Tamerlán que debía pagar el tributo estipulado hacía años por China, pues este había dejado de realizarse, aprovechando el nómada las luchas internas que habían azotado recientemente al país. Ante esta humillación hecha por los embajadores chinos en presencia de otros representantes, Tamerlán ensalzó la figura de Castilla poniendo a Clavijo a su lado en la mesa y humilló públicamente a los embajadores chinos. Los embajadores, sin embargo, se comportaron con orgullo y con dignidad, mientras que Tamerlán, a la vista de Clavijo, se comportó como un bárbaro sin modales. El agudo embajador tomó la siguiente lección del encuentro: dado que China era lo suficientemente poderosa como para hacer pagar tributos a Tamerlán y que provenía de una milenaria cultura, educada y urbana, merecía más la pena buscar esa alianza con China y no con Tamerlán, pues este, a los ojos de Clavijo y a pesar de sus conquistas, no pasaba de ser un líder nómada que a su muerte vería deshacerse su imperio, mientras que la milenaria China sobreviviría y sería un aliado de fiar para el futuro.

No andaba descaminado el embajador en estas apreciaciones, y pocos años después sucedió tal y como él había predicho. El libro de Clavijo se convirtió en lectura casi obligada para los posteriores reyes de Castilla, y la idea de forjar una alianza con la lejana China contra el imperio otomano estuvo algunos siglos presente. Este fue uno de los libros leídos por Isabel la Católica, y en las conversaciones sobre el descubrimiento de América, independientemente de la importancia dada al paso hasta la India, existía también la posibilidad de llegar hasta China y reabrir las viejas negociaciones nunca resueltas.

4. La era de las misiones

La conquista de Filipinas por Legazpi ofreció a España una base segura desde la que ponerse en contacto con China. Mientras se establecía el ya mencionado Galeón de Manila, se abrían posibilidades para la cristianización del inmenso territorio. La muy católica monarquía hispánica, por aquel entonces, mucho menos práctica que lo que había sido con anterioridad, interponía el fervor religioso al político y al militar, con el consiguiente desastre diplomático crónico y falta de objetivos cumplidos. Así las cosas, desde la compañía de Jesús se estableció que los misioneros debían no solo vivir en la zona, sino también aprender la lengua y la cultura, con la intención de, mediante la razón, evangelizarles posteriormente. También existía la tentación, acariciada por gobernadores militares de Filipinas y algunos misioneros, de utilizar la fuerza y realizar un ataque armado a la costa china para lograr este fin. Este plan fue definitivamente desechado por Felipe II. En tal coyuntura, se hacía necesario conocer el terreno, aprender la lengua y la cultura y describir, de la manera más estricta posible, rituales y formas de vida de los chinos.

El primer misionero que dejó textos escritos, aunque no fuera el primero en llegar, fue Martín de Rada, considerado también el primer sinólogo de occidente.

Martin de Rada, movido por el deseo de convencer al monarca español de la conveniencia de un ataque armado a China, realizó, con motivo de un viaje al país, un manuscrito en el que estudió la organización política del reino, las costumbres de sus gentes, vestimentas, ritos, vida cotidiana y, en fin, todo lo que pudiera servir para tener una visión lo más detallada posible del mismo. El manuscrito “De lo que les sucedió a los padres Martín de Rada y fray Gerónimo Marín en su ebaxada de China hasta que volvieron a Manila con los capitanes españoles que los acompañaban y, relación verdadera del reyno Taibin, por otro nombre China, y del viage que a él hizo el muy reverendo padre fray Martín de Rada, provincial que fue del orden de San Agustín, que lo vio y anduvo, en la provincia de Hocquien, año 1575 hecha por el mismo” es una obra rígida, sin apenas implicaciones personales, pero con un gran nivel de detallismo, casi podríamos decir como la información que un espía pueda sacar de la observación diaria en pos de un objetivo militar. Sea como fuera, este libro y otro sobre la lengua china, que también llegó a dominar, le dieron el título del primer sinólogo de occidente.

Su informe fue leído por el rey Felipe II, y al parecer le dio una idea de grandeza del reino, que, lejos de provocarle las intenciones demandadas por el sacerdote de atacar China, le confirmaron en su idea de mantener con el lejano reino buenas relaciones en pos del comercio y de alguna posible alianza futura¹.

Existen libros notables en aquella época que dieron una imagen en ocasiones muy exacta sobre China, pero en esta relación queremos incluir aquellos que fueron escritos durante o posteriormente a una experiencia vivida en el país. Fuera ha de quedar, por lo tanto, y como mención especial el libro de Juan González de Mendoza “Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China”, pero lo queremos mencionar a pesar de haber sido escrito en base a otros manuscritos por representar el primer acercamiento global a China, pues no en vano fue traducido a varios idiomas y marcó notablemente la imagen europea del gigante asiático.

Llegamos ahora a analizar la presencia en China de quizás uno de los hombres que mejor supo entender el espíritu chino de entonces. Esto es, el jesuita Diego de Pantoja, compañero y colaborador del famoso Matteo Ricci, cuya fama ha eclipsado al español, si bien este no solo completó la obra del famoso jesuita

¹ Recordemos que el ya por aquel entonces viejo libro de Clavijo estaba también a disposición del rey de España, y que la amenaza otomana era en aquellos años más patente que nunca.

italiano, sino que logró, primero junto a este y, después tras la muerte de él, en solitario, tener un peso en la corte pekinesa como ningún europeo había jamás conseguido².

Diego de Pantoja no fue un literato, pero su recorrido vital por China es digno de varios libros³. Junto con Matteo Ricci, consiguió introducirse en la corte de Pekín utilizando para ello la estratagema de regalar unos relojes al emperador. Al fallar estos, el emperador no tuvo más remedio que pedir que los donantes ingresaran en el palacio para que pudieran ser arreglados. Su influencia posterior en la comunidad intelectual china fue prodigiosa, realizando un auténtico puente entre ambos mundos.

La aportación literaria sobre China que realizó el jesuita español está conservada en una carta que este envió al Arzobispo de Toledo, Luis de Guzmán, y en la que realiza un estudio de la historia, cultura, sociedad, régimen político y geografía del reino chino. Esta carta sería posteriormente traducida a varios idiomas y representa uno de los testimonios más exactos sobre la China de la época. Si bien su valor literario es escaso, se trata de una de las más extensas obras realizadas sobre China por aquel entonces, donde además el autor denota una implicación sentimental con el país. Pantoja se muestra, por ejemplo, preocupado por algunos aspectos como la excesiva burocratización del sistema, criticando y alabando algunas cuestiones, pero más desde dentro que desde la típica postura del extranjero que opina desde más allá de la barrera. Esta implicación sentimental con la región da un valor original e inaudito al documento.

Sobre la influencia del texto, este fue destinado a engrosar la lista de manuscritos de referencia sobre China, y dado que se trataba de alguien que había vivido durante varias décadas en China y que había sido el primer occidental en poder penetrar en el palacio de Pekín, su valor para las capas burocráticas españolas y para los respectivos ministerios debió de ser enorme.

Se echa en falta en esta época la presencia de viajeros que no tuvieran que ver con las órdenes religiosas. Testimonios que se hubieran basado más en una cercanía directa hacia el pueblo chino. Sin embargo, también es cierto que la importancia de tener que dominar el idioma y de infiltrarse en la sociedad para conseguir la evangelización hizo que los textos fueran precisos, aunque estuvieran casi siempre, como en el caso del Diego de Pantoja, representados en forma de largas cartas dirigidas a dar una visión lo más realista posible sobre China sus los superiores, pero, eso sí, siempre dentro de un halo misionero.

En aquellos años se vivieron una serie de disputas entre las diferentes órdenes religiosas, entre las cuales cobró excesiva relevancia la conocida como “disputa de los ritos”. Se trataba de decidir si el rito del culto a los antepasados y el confucianismo entre los nuevos católicos chinos era herejía, o si por el contrario se trataba de un rito social sin peligro para la fe religiosa católica. Una persona de talante científico y gran conocer del mundo chino, como era Diego de Pantoja, se puso del lado de quienes opinaban que en nada desdecían estas prácticas de la fe de Cristo, pero por otro lado hubo muchos detractores, lo cual imposibilitó la labor misionera, llegando incluso a la expulsión de la mayoría de las órdenes. Desde el punto de vista literario, es cierto que esta disputa teológica hizo que conociéramos estos ritos ancestrales chinos, al ser descritos por los misioneros en cartas dirigidas a sus obispados con el fin de tomar una decisión al respecto.

Debemos también recordar, en cuanto a las relaciones internacionales se refiere, que por aquel entonces la mayor parte de la educación recaía sobre los hombros de la iglesia y que casi todos los misioneros que fueron a China se formaron bien en Salamanca o bien en Alcalá, por lo que la relación entre misión y

² Dejamos aquí en cuestión los viajes de Marco Polo. Marco Polo, sin duda el más afamado viajero europeo de China, está últimamente en cuestión por muchos estudiosos, al contener su relato errores básicos no solo geográficos, sino también cronológicos.

³ El estudioso que mejor conoce la figura de Diego de Pantoja es sin duda el profesor Zhang Kai, autor del libro hasta la fecha más relevante sobre la historia global de las relaciones internacionales entre China y España (Kai, 2013) y de un libro sobre Pantoja (Kai, 1997).

conocimiento político de la zona iba de la mano, por ejemplo, de trazar las líneas de actuación del Galeón de Manila o de concretar temas que tuvieran que ver con las islas Filipinas.

También en Filipinas, en el siglo XVII, existía una comunidad china, básicamente dedicada al comercio y formada por unas diez mil personas. El conocimiento de estos ciudadanos será fundamental para entender también al país vecino.

Antonio de Santa María Caballero fue otro misionero enviado desde España durante el siglo XVII a China. Este autor, preocupado por la cuestión de los ritos, redactó varias obras sobre los mismos, además de sobre la labor de las órdenes religiosas. Aprovechando la coyuntura, publicó también *Sobre algunos problemas importantes de la provincia China*, libro que vería la luz a los albores del siglo XVIII, casi cincuenta años después de haber sido escrito.

Vamos a terminar esta breve relación de misioneros españoles en tierras china con la figura de Domingo Fernández Navarrete. Este misionero, tras doce años en China, en los que participó abiertamente de la cuestión desatada con respecto a los ritos, cayó en desgracia como tantos misioneros que fueron recluidos por el gobierno chino. Tras conseguir evadirse volvió a España tras hacer escala en Roma. Al llegar a su país natal, se encontró con la amarga decadencia del imperio. Este hacía aguas y cundía el desánimo entre los habitantes. Recordando sus años en China, llegó a la conclusión de que gracias al confucianismo el pueblo chino podía levantarse tras una caída mejor que ningún otro país europeo, por lo que se dispuso a escribir *Tratados históricos, políticos, éticos y religiosos del gran imperio chino*⁴. Este es un libro fundamental para entender la China de aquel entonces, donde se hace un repaso histórico, político, administrativo, geográfico, ético y ritual. En su segunda parte, el misionero incluye la visión personal de su viaje por China, y es ahí donde se detiene a realizar un enfoque sociológico de lo que ve. Es además de gran valía si recordamos que fue el misionero que más viajó por China, por lo que el libro está lleno de vivos contrastes entre las diferentes provincias. Además, en comparación con los otros autores, que escribieron sus textos en las postrimerías de la dinastía Ming, Navarrete había vivido el proceso de cambio entre esta dinastía y la Qing, y fueron los inicios de esta última los que describió.

Este libro se puede considerar de una relevancia histórica a nivel europeo. Navarrete pretendía enseñar el camino para que España saliera de su ostracismo a través de la razón y del pensamiento, algo que podía enroscar muy bien con las ideas de la ilustración, cogiendo el ejemplo de Confucio como fuerza de razón y de ética para el pueblo. Sin embargo, en España, poderes de diversa índole frenaron estos y otros intentos de desarrollo. En Europa, al contrario, cuando los intelectuales, sobre todo franceses, levantaron sus voces hacia un estado más basado en la práctica y en la razón, pudieron leer el libro de Navarrete, que fue, para muchos escritores, un foco de inspiración. Navarrete, por lo tanto, intentó a través de su recorrido hacer que China sirviera de ejemplo para España, pero lo fue sin embargo para otros países europeos que sí supieron a provechar la oportunidad brindada.

5. El siglo XIX

El siglo XIX trajo consigo la decadencia tanto para China como para España. Mientras China sufría los envites de Inglaterra, Francia, Alemania, EE.UU., Rusia y Japón, por no hablar de otros países que con algo menos de calado también influyeron en su devenir, España se las veía consigo misma y se hundía en sus interminables guerras carlistas.

⁴ Este texto está accesible en <http://www.upf.edu/asia/projectes/che/s17/tratado1.pdf>.

Lejos quedaban ya las antiguas relaciones, y el Galeón de Manila había pasado al olvido. Aun así España mantendría aún los territorios de Filipinas hasta la guerra con EE.UU. de 1898.

Precisamente a través de Filipinas y de Cuba se vivieron algunos de los episodios más relevantes de la historia entre los países, sobre todo al estallar la cuestión de los culíes, esto es, trabajadores chinos que acudían a trabajar a las factorías de algodón de Cuba, en muchos casos desprovistos de cualquier seguridad sobre su persona y en unas condiciones de vida cercanas a la esclavitud. Este tráfico estaba dirigido básicamente por falsos contratistas franceses, ingleses y holandeses, pero enfrentó a los gobiernos de China y de España durante la primera mitad del siglo XIX hasta la resolución definitiva que establecía el establecimiento de relaciones a nivel de embajadas y de consulados.

Esta falta de comunicación entre los dos países en parte estará motivada por la falta de viajeros entre ambos, y eso a pesar de la comunidad china en Filipinas. Es cierto que desde tiempos remotos existían ciudadanos chinos viviendo en España, pero estos se habían mezclado con la población española y no existía ya, por lo tanto, un referente de cultura china en las calles españolas.

La falta de viajeros, con las prohibiciones de desembarcar en puertos chinos, hizo que otros países europeos, que abrieron las puertas de China en base a la fuerza de su cañones y no por la diplomacia, tomaran la delantera en cuanto al conocimiento chino se trata. En España, dicho conocimiento estaba motivado por la población china de Filipinas, ya lejana en cuanto a su cultura de la china, que había dejado atrás siglos antes, y por una visión dada por los misioneros de épocas pasadas que nada tenía que ver con la China del momento.

Esta falta de conocimientos hizo que España no supiera gestionar mejor crisis diplomáticas como la referida anteriormente de los culíes. Además, hay que apostillar que el envío de algún funcionario a China, por alguna cuestión especial, estaba más considerado por el funcionariado español como un castigo que como una posibilidad de conocer un nuevo mundo.

No será hasta la consecución de la primera representación española en China en 1842 cuando llegue un personaje con la capacidad necesaria como para entender el entramado chino en toda su proporción. El catalán Sinibaldo de Mas será nombrado encargado de negocios y Cónsul General de España en China.

Sinibaldo de Mas ya había estado antes en Filipinas y a su regreso a España había escrito un informe sobre la situación de la colonia. En dicho texto, aconsejaba la renuncia a la posición del archipiélago, al considerar que no ofrecía ninguna riqueza a la metrópolis y sí muchos problemas. Su mentalidad práctica de aviado observador no obtuvo los logros deseados. En el terreno político hispánico, era un apasionado de la unión de España y Portugal en un pacto ibérico, y como persona, hay que valorar su calidad de políglota, estudioso y aventurero.

Pero en este artículo nos interesa aquello que escribió sobre China para el lector europeo. Decimos aquí “para el lector europeo” porque el diplomático lo escribió en francés y posteriormente sería traducido al alemán y al inglés. Esto fue así debido a que por aquel entonces en los ambientes españoles había poca presencia de la cuestión china, y sí mucha en países como Francia o Inglaterra. Además, Sinibaldo, siguiendo el proverbio de que nadie es profeta en su tierra, no lo fue en España, pero sí en otros países de Europa. Proverbio que, por otra parte, se aplica con especial virulencia en el caso de España.

Los libros que escribió el diplomático fueron: *L'Angleterre et le Celeste Empire* (de Mas, 1857), *L'Angleterre, la Chine et l'Inde* (de Mas, 1857) y *La Chine et les puissances chrétiennes* (de Mas, 1861).

Los dos primeros no vamos a analizarlos por tratarse de tratados políticos, eso sí, de gran valor, sobre la política internacional de Inglaterra con respecto a China, y nos centraremos en el último.

Hay que tener en cuenta que Sinibaldo de Mas era ante todo un diplomático. También se convirtió en sinólogo al aprender la lengua china y al demostrar un gran dominio de su cultura, pero, de la misma manera

que la función de los misioneros de los siglos anteriores había sido la de profundizar en el entramado chino para sembrar la semilla del cristianismo con mayor facilidad, ahora Sinibaldo sentía la misma necesidad para lograr que España obtuviera la mejor posición posible en la zona. Además, no debemos olvidar que el concepto político de Mas era “iberista”, y que por lo tanto tendía a superar las fronteras, lo que, unido a su conocimiento de idiomas extranjeros y a su reconocimiento en estos, le daba un aire de intelectual de miras europeas, además de españolas.

Con estas armas, el diplomático desarrolla un relato que no solo es un acercamiento a China, sino casi un manual para todo aquel que tenga previsto intentar la aventura china como encargado de alguna oficina o como representante. Una auténtica joya para las cancillerías europeas de aquel entonces.

Desde una óptica europea, Sinibaldo analiza la posición política de China en comparación con la de otros países. Llega incluso a proponer soluciones, como por ejemplo la división de China en cuatro entidades administrativas. Asimismo en ocasiones se muestra crítico con China y a retazos demuestra cierta admiración, sobre todo hacia algunas de sus formas de pensamiento.

Sinibaldo piensa, además, que algún día el gigante dormido de China reavivará y entonces será un peligro para el resto del mundo, por lo que propone fórmulas para tenerlo controlado cuando despierte. No debemos olvidar que Sinibaldo trabajaba para un estado europeo y que estaba lejos de cualquier idea de expansión de la fe que había motivado a los misioneros. De esta manera, cuando habla del carácter noble, entregado y trabajador del pueblo chino, lo hace también como un aviso hacia occidente.

Sinibaldo deja deslizar su relato a través de muy diversos aspectos de la sociedad china que va ordenando cuidadosamente, como pueden ser el concubinato, las relaciones maritales, los ritos, la educación, las fiestas, el infanticidio, el respeto a la vejez, etcétera.

La perspicacia de Mas se pone de manifiesto cuando al hablar de la rebelión Taiping habla del sistema de funcionariados corruptos del reino, buscando soluciones en las viejas instituciones chinas, reforzándolas y dándoles nuevo valor. Pareciera que Mas, gran conocedor también de la historia china, hubiera aprendido a admirar su milenaria cultura, y en parte se muestra decepcionado por la situación de caos reinante. Su relato es por lo tanto una doble vertiente, donde por un lado espera un renacer de una China que admira, y por otro lado teme, como europeo, ese mismo resurgimiento. De hecho, la parte en la que se muestra más entusiasta con China es precisamente la que se refiere a la historia de China, donde denota incluso un cierto orgullo, como si él mismo fuera chino. Esto solo puede ser así por una razón: resulta muy difícil acercarse a una cultura y llegar a dominar su idioma si no se puede sentir al menos cierto amor hacia ella, pero, como europeo, sentía también la congoja hacia la posible futura influencia de China en el mundo.

Sea como fuera, lo cierto es que el libro significó toda una revolución en la manera de entender a China y a sus problemas, que desgraciadamente fue más leído en Francia, Inglaterra y Alemania que en España. No debemos olvidar, de todas formas, que el francés era por aquel entonces la lengua diplomática, por lo que a cualquiera que decidiera dedicarse a este oficio se le suponía un dominio de la misma. De esta forma, no sería errático pensar que un cierto número de españoles interesados en China hubieran podido también leerla.

Es de mención obligada también el libro del diplomático Adolfo de Montaberry, titulado *Impresiones de un viaje a la China* (Montaberry, 2008). Este libro fue publicado primeramente en 1876 y narra las aventuras de su viaje a China desde un prisma que se mueve entre lo romántico, lo sarcástico, lo detallista y lo escrupuloso. El diplomático, a lo largo de su narración, da cuenta de los detalles más mínimos del imperio, sobre todo en materia económica, mientras que en ocasiones se deja perder por ensoñaciones románticas. Sus comentarios, sobre todo políticos, están a lo largo de todo el libro, dando una sensación al lector sobre el pueblo chino de ciudadanos trabajadores y entregados, pero, en comparación con las

potencias extranjeras, terriblemente desordenados. En ocasiones se muestra impresionado ante las grandezas de China, y sin embargo en otros momentos el autor llena el texto de menosprecios, sobre todo al recordar las vicisitudes, la suciedad y, en definitiva, las pesadas cargas del camino.

Para terminar el siglo XIX, queremos hacer una referencia a un marino español, militar de profesión, que tras un largo viaje que también incluyó algunas ciudades de China, dejó escrito un manuscrito de alto valor realístico. Se trata del marinero Guillermo Camargo, que en su amplio periplo conoció Cantón, lugar que describe, como en todas las otras partes por donde pasa su barco, sin ánimo de conocer a las gentes que lo habitan, sino más bien como si se tratara de un dibujo de calles y edificios. Resulta interesante para quien quiera conocer la región al detalle, pero obviando el factor humano.

6. El siglo XX

Salimos de esta manera del siglo XIX y nos adentramos en el siglo XX. Este estará marcado desde el punto de vista de las relaciones internacionales entre ambos países por varios hitos paralelos que serían: la caótica política española y china de inicios de siglo, las dos guerras civiles que vivieron los dos países y que de manera cronológica haría que la Guerra Civil española sucediera al mismo tiempo que la resistencia china contra Japón, el aislamiento tanto de Franco como de Mao y la posterior reapertura de negociaciones en 1972. A partir de este momento, la llegada de la democracia a España y la apertura de China al mundo abrirán una nueva fase en las relaciones entre ambos países.

El momento más álgido de las relaciones entre ambos países lo marcará la unión entre el Partido Comunista Español y el Partido Comunista Chino durante los años de la Guerra Civil española, llegando a existir hasta unos cien voluntarios chinos en las filas de los defensores de la República, si bien no todos ellos eran comunistas, sino simplemente antifascistas, como tampoco la República española era, de hecho, comunista.

Volviendo al tema que nos ocupa, no será hasta la década de los años veinte del pasado siglo cuando nos encontremos con un libro de viaje recto y preciso sobre la China de aquellos años. Existieron, tanto durante el siglo XIX como durante los inicios del siglo XX, algunas obras ambientadas en China, algunas de las cuales fueron escritas por personajes que habían residido allí, pero en las que la imaginación del autor se superponía a la realidad cotidiana, en muchos casos anulándola. Es una especie de novela histórica en ocasiones, o de simple ambientación contextual aprovechando el tirón que entonces tenía China como país exótico y de cultura inalcanzable. En nuestra pequeña relación de obras no valoramos tanto el que el viajero estuviera más o menos tiempo en el país, sino que expusiera lo que viera con la mayor claridad posible y en aras de dar una imagen precisa al lector. Si además la obra va acompañada de comentarios propios, de opiniones y de relaciones de hechos y de personas, tanto mejor.

Sin embargo, es cierto que no solo unas obras estrictamente realistas podían influir en las relaciones internacionales; también las más imaginarias, aquellas protagonizadas por personajes estereotipados podían hacerlo y de hecho lo hicieron durante muchos siglos. Para entender esto debemos alejarnos de la imagen de las relaciones internacionales como si de una máquina se tratara. Los acuerdos los firman personas, las resoluciones las dictaminan individuos que están dentro de una sociedad, y que ante la ignorancia que provoca el sedentarismo de un despacho, pueden caer en la tentación de empaparse de creencias populares sobre tal o cual país. Estas creencias populares podían estar perfectamente influenciadas por literaturas de corte romántico que dibujaran un espectro del país en cuestión que nada tuviera que ver con la realidad.

Queremos pensar que los diplomáticos españoles o el personal del ministerio de asuntos exteriores leyó el libro de Sinibaldo de Mas, por ejemplo, pero creer algo así sería pecar de inocentes.

La imagen que se daba de China en algunas novelas, la gran mayoría escritas por personas que nunca habían residido en el país, era la de un país exótico y misterioso, algo así como las imágenes de tantos románticos europeos y norteamericanos sobre España en el siglo XIX, en donde, si se cree en sus relatos, pareciera que España entera eran las cuevas del Sacromonte de Granada.

Para la suerte de este artículo, un escritor de renombre decidió visitar China en un viaje de grupo que incluía la visita a varios países más. En el año 1923, el escritor, político de ideas republicanas y aventurero Vicente Blasco Ibáñez, autor de joyas de la literatura española como por ejemplo *La barraca*, decidió realizar una vuelta al mundo partiendo desde Nueva York a bordo de una nave. Como resultado de este viaje, el escritor publicó al volver a España *La vuelta al mundo de un novelista*, obra ingente en la que cada capítulo es un libro en sí y en la que ocupa un lugar privilegiado su estancia en China, con el somero título de “China”.

Vicente Blasco Ibáñez era un hombre de gran cultura, y denota que antes de arribar a las costas chinas había procurado aprender todo lo posible de su historia y costumbres. No sería de extrañar que él sí hubiera leído, bien en francés o en inglés, la obra de Sinibaldo de Mas, y tampoco sorprendería que hubiera hecho lo propio con las obras de algunos misioneros, pues sin intentar dar lecciones magistrales de historia china, el texto, cuando por algún motivo se introduce en esta materia, lo hace de forma segura, conociendo sus limitaciones y sin intentar sobrepasarlas.

Ibáñez llega primero al norte de China, se aloja en Pekín, de ahí bajará hasta Shanghái y después llegará a Cantón. A lo largo de este recorrido el escritor describe olores, vestidos, rasgos faciales o introduce conversaciones tenidas con locales y con españoles residentes en el país. Gracias a que es un escritor, consigue crear un texto ameno que engancha al lector mientras le hace un recorrido ligero pero lleno de detalles esclarecedores.

Ibáñez distingue los tipos que se encuentra según las zonas de China en las que se halla. En ningún momento es crítico con los chinos, sino que se limita a describir, de una manera muy personal, todo lo que ve. Son de gran información para el lector las conversaciones con españoles y otros extranjeros que viven en el país desde hace años y le comentan la situación. También son interesantes sus reflexiones sobre cuestiones políticas, como por ejemplo, cuando analiza el enfrentamiento con Japón o el sometimiento de la joven república china a las potencias extranjeras. Este caso, el político, es sin duda uno de los puntos más brillantes del libro, pues no en vano acierta de manera sorprendente con lo que cree que le pasará a China en el futuro, tanto en cuanto al partido comunista como con Japón, y acierta también cuando comenta que el principal problema de China es la desunión (“En realidad los chinos se ignoran entre ellos. Es tan vasto el antiguo imperio que cada uno conoce su provincia nada más, y aun dentro de ella solo se siente ligado al pueblo en que nació”, Ibáñez, 2011: 166), sin que el gobierno de la República pueda hacerse oír, y mantenido, además, por los llamados señores de la guerra.

En pocas ocasiones se deja llevar por ensoñaciones, pero cuando lo hace, como cuando se imagina la vida del joven emperador recluido en su palacio sin conocer la realidad de su país, lo hace con la experiencia del gran escritor que era. O como cuando describe un encuentro con una dama de origen manchú. En estos casos, y solamente en estos, el escritor se deja seducir por los encantos de la mítica chica romántica.

A medida que avanza el libro, Ibáñez va poco a poco sintiéndose enamorado del pueblo chino, lo cual se deja ver en la forma en que narra los acontecimientos del viaje, proponiendo soluciones y deseando lo mejor para el devenir del país.

Como dato curioso, cabe decir que de entre todas las ciudades, la que más le impresiona como escritor es Shanghái, de la que llega a decir que de haberse podido quedar más tiempo, sin duda habría encontrado material para varias novelas.

Creemos que el libro de Ibáñez, aunque metido dentro de otros capítulos pertenecientes a otros países, pudo ayudar a crear una imagen más precisa en el imaginario de cierta minoría, por ser precisamente el autor alguien considerado en España, cosa que no pasaba con de Mas, quien tuvo que publicar sus libros sobre China en francés.

Las guerras civiles y la desaparición de relaciones entre los dos países harán que desaparezca la literatura de viajes ente ambos. Se podría hacer una excepción con el libro de Rafael Alberti y de María Teresa León titulado *¿Sonríe China?* (León y Alberti, 1958), y en el que estos dos escritores narran su viaje a la China de Mao, a la que habían sido invitados por las autoridades con el fin de promover el país entre la intelectualidad más internacional. Sin embargo, el motivo real de estas invitaciones, en las que estos dos escritores no fueron los únicos de habla hispánica⁵, era el de intentar dar una imagen lo más lavada posible a estos intelectuales para que hablaran positivamente del régimen al regresar a sus lugares de origen.

Los dos escritores que nos ocupan realizaron el viaje con el recelo en la memoria de la frustrada república española, de la que ellos habían sido partidarios desde la postura del partido comunista, esto es, no de la auténtica república; y en la joven comunista china encuentran la esperanza a sus cuitas internas. Lo que más impresiona a Rosa María León es la igualdad que dice han alcanzado las mujeres con respecto a los hombres en cuanto a la educación. Pero como es fácil de comprender, estos viajes eran programados y seleccionados según lo que se quería enseñar a los intelectuales en cuestión, por lo que su valor sobre la realidad es casi nulo. Por otra parte, el libro, prohibido en España durante la dictadura franquista, no pudo dar ninguna idea de China a los españoles, pues si se leyó, se hizo a escondidas.

Con esta excepción, no contamos con más literatura de viajes de España hacia China hasta llegar a fechas ya muy recientes. Precisamente una época donde la literatura de viajes ha dejado de tener relevancia para las relaciones internacionales, puesto que la perspectiva entre dos pueblos la marca ya la televisión e internet. Aun así, detengámonos un instante en la nueva literatura de viaje, aunque solo sea para ver someramente los últimos trabajos realizados.

7. La nueva literatura de viaje

De entre la nueva literatura, que como ya hemos dicho antes, ya no puede considerarse transcendental de cara a crear una imagen del otro en el ideario común del país de origen, hemos querido mencionar tres obras.

La primera sería la de Suso Mourelo, con su libro *Adiós a China* (Mourelo, 2001). Se trata de un libro de viajes en el que el autor narra su periplo de 15.000 kilómetros. El libro está escrito de forma muy personal y mete a personajes variados en la historia. Su lectura se hace amena y, además, el detalle más importante es la singular apreciación que hace el autor del momento histórico en el que está escrito el libro, esto es, a finales del siglo XX, cuando una vieja China está empezando a ser enterrada por la nueva.

El segundo libro sería el de Joan Tello, titulado *El país del medio* (Tello, 2008). Dicho libro narra las aventuras de este español que pasó dos años en China. Es un recorrido por el anecdotario personal del autor con los personajes que se ha ido encontrando en su camino. Cuenta con algunas observaciones hechas durante el terreno y algunas reflexiones sociales.

El tercer libro sería el de Antonio Colinas titulado *La simiente enterrada* (Colinas, 2005). Este libro realmente habla de dos viajes distintos pero que a la vez se interrelacionan. Esto es, el descriptivo de la China que el autor vive, y el suyo interior y personal. El libro está redactado de una forma muy poética y

⁵ También fueron invitados Nicolás Guillén, Miguel Ángel Asturias, César Arconada y Blas de Otero.

evocadora en ocasiones y filosófica en otras. No se trata, en nuestra opinión, de un libro escrito para quienes no conozcan China, sino para quienes desde dentro quieran sentirla de una manera diversa.

8. Conclusiones

En este artículo hemos realizado un recorrido por diversos autores, que por distintos motivos visitaron China y dejaron escritas sus impresiones. También hemos realizado una aproximación a la repercusión que estos libros hubieran podido tener en las relaciones internacionales entre ambos países.

Sobre el aspecto de esta influencia, hemos podido ver que el libro que más fuertemente influyó en la mentalidad gobernante española fue el libro de Clavijo. A partir de este, se podría seguir una línea descendente, según la cual los libros posteriores escritos por los misioneros serían también leídos y tendrían alguna repercusión en las decisiones, y posteriormente, tras el parón del siglo XVIII, estos libros, a pesar de su indudable valor, apenas tendrían repercusión política hasta terminar con los actuales, donde por motivos más de modernidad de los medios de comunicación que literarios, la importancia política de dichos libros se ha visto mermada en el mundo entero.

La conclusión que sacamos de esto es que se podría sacar una fórmula según la cual, a mayor importancia política de España y mayores posibilidades en la zona, correspondieron un mayor interés por este tipo de libros, pues hablaban de allí donde se podía realizar alguna operación, bien fuera esta diplomática o militar; sin embargo, ya en el siglo XIX, la escasa presencia española en la zona, con la excepción de Filipinas, y su raquítico poder militar en comparación con otras potencias europeas hicieron que dichos libros tuvieran menos repercusión que en otros países.

Aun así, la calidad de algunos de estos textos resulta inestimable, y si bien es cierto que España perdió en el XIX el tren hacia China, no es menos cierto que fue España quien dio a conocer China al resto de países europeos. La calidad de las observaciones y el carácter intrépido de sus autores marcaron un tipo de literatura que merece tenerse en cuenta por ser algo más que literatura de viajes: por ser, de hecho, un puente entre dos culturas y una forma de entender al otro mejor, para también así entenderse mejor a uno mismo.

Referencias bibliográficas

- Blasco Ibáñez, Vicente (2011). *China*. Madrid, Gadir.
- Colinas, Antonio (2005). *La simetría enterrada*. Madrid, Ediciones Siruela.
- De Mas, Sinibaldo (1857, 1858). *L'Angleterre, la Chine et l'Inde*. París.
- De Mas, Sinibaldo (1857), *L'Angleterre et le Celeste Empire*. París.
- De Mas, Sinibaldo (1861). *La Chine et les puissances chrétiennes*. París.
- De Montaberry, Adolfo (2008). *Impresiones de un viaje a la China*. Madrid, Miraguano Ediciones.
- González de Clavijo, Ruy (1999). *La Embajada de Tamerlán*. Madrid, Col. Clásicos Castalia.
- González de Mendoza, Juan (1990). *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China*. Madrid, Editorial Miraguano-Polifemo.
- Kai, Zhang (1997). *Diego de Pantoja y China (1597-1618)*. Pekín, Editorial de la biblioteca de Pekín.
- Kai, Zhang (2013). *Historia de las relaciones sino-españolas*. Pekín, China Intercontinental Press.
- Mourelo, Suso (2001). *Adiós a China*. Madrid, Interfolio.
- Tello, Joan (2008). *El país de en medio*. Barcelona, Ediciones de la tempestad.